

FANTASMAS Y MUERTOS

Jesús Navarro Egea

INTRODUCCIÓN

Los viejos y apartados rincones moratalleros han sufrido secularmente los reveses del progreso que no ha podido escalar los despeñaderos de sus montañas.

Valga como ejemplo del aislamiento ancestral de las tierras altas del noroeste murciano, que pocos del lugar y en el pasado, han viajado hasta el azul y asombroso horizonte del mar. Ello a su vez ha permitido conservar usanzas y procederes que en otros rincones de la región y de España hace mucho tiempo se perdieron. Certidumbres tocantes a fantasmas, muertos o apariciones se han mantenido sorprendentemente vivas hasta hoy en la memoria e incluso en la práctica de los moradores de más edad, a pesar del desmoronamiento general de este universo de identidad, tal como viene aconteciendo desde hace más de medio siglo.

Esas tradiciones y rancias creencias hunden sus raíces en otras más antiguas, orientales y africanas, que han sustentado la idea de que las ánimas de los muertos no nos abandonan nunca, asumiéndose de forma implícita que el espíritu es energía que se transfigura y se disipa y que las apariciones son muestras de su supervivencia ante los ojos de algunos escogidos mortales, inspirando de igual modo el mensaje de casi todas las religiones modernas que afirman que la muerte no es el fin de la existencia.

Estos son los antecedentes, muy someros, de nuestra pequeña historia fantástica que tiene como marco los sufridos y bellos entornos serranos, y a sus gentes como protagonistas asombrados e ingenuos ante los misterios de la vida y la muerte.

FANTASMAS

La maquinación fantasmagórica surgía casi siempre allí donde hubiera un grupo de hombres animado e incluso jubiloso por alcoholes etílicos en tabernas, casinos o reuniones de tamboristas, a veces en los

días previos a la celebración de la Semana Santa. Más usualmente se escogía el invierno para estos episodios, ya que había poco tránsito en la calle y los escasos caminantes se refugiaban pronto por las noches, debido, claro está, a los fríos reinantes y por las connotaciones supersticiosas de desasosiego ante las posibles apariciones, entre otros recelos e inseguridades reales, como las más que probables agresiones o robos, al contrario de lo que sucedía en verano, en que los calores hacían bajar la prevención a las gentes tanto ante peligros terrenales como innaturales, en que se dormía incluso en la calle o con las puertas abiertas.

Aunque pocos barrios escaparon a la *planificación* de las ferchorías visionarias, lo más común es que se buscaran travesías poco iluminadas e intrincadas, con callejuelas laterales en las que el **fantasma** o **aparrecido** pudiera fácilmente escabullirse ante cualquier persona fisgona en demasía, ocurriendo con mayor frecuencia los episodios en los más lóbregos, por ejemplo detrás de la Iglesia o cerca de las ermitas, calle de la Morerica, Solar de Carrasco, calle de la Soledad, Collado, García Aguilera, Santa Ana, Huerto Ramayo, Bancales, San Antón, Glorieta, Callejón del Peligro, casi siempre en sitios por otra parte relativamente amplios, en que se pudiera dar testimonio y a ser posible algo lejano para no ser atrapado en patrañas, buscándose que la certeza no fuera absoluta o taxativa y así el comunicador siempre podría tener una excusa a mano por lo que al cogerlo en un renuncio la coartada estaría servida, alegando "que se encontraba lejos".

En los años de la posguerra, 1940-50, e incluso después, trabajadores de almazara con ganas de juerga se ataviaban a lo sobrenatural con una sábana blanca, túnica negra de nazareno o una manta, colocándose un farol en la cabeza que sujetaban con su propia mano, merodeando por Empedrado y Calle de Abajo para asustar

a los convecinos que se escabullían desapavoridos sin pararse a más, para regocijo de “la visión”.

Por tanto y según se terciara, en jornadas desapacibles o gélidas, aprovechándose de los miedos y el recogimiento reinantes, alguien se citaba amorosamente con su galanteada, y la existencia puntual de alguno de estos devaneos servía a sujetos imaginativos para fanfarronear sobre sus artes amoratorias, relatando llamativamente que se habían “vestido” de fantasma y logrado entenderse con determinada mujer; y que incluso acechaban o requerían a la misma subiéndose, en las postrimerías de estas costumbres, a postes de la luz o del teléfono, disfrazados con una trinchera, gabardina vieja o con ropaje aparatoso, para ser advertidos fácilmente por huidizos espectadores, y después alardear de su doble hazaña, especialmente la pasional, que solía ser la mayor parte de las veces incierta como es de suponer provocando que algún oyente

incrédulo se pusiera el sombrero boca abajo, señal inequívoca de que no creía las exageradas proezas del primero.

Estos acontecimientos de corte quimérico causaban pánico, rozando la histeria colectiva, de modo esencial entre las mujeres, y algunas que iban al atardecer o a la noche con sus cántaros y pozales a por agua a la Plaza de la Iglesia llevaban consigo un cuchillo, escondido en la faltriquera, para repeler el probable ataque físico o verbal del fantasma de turno.

Todavía perdura en el recuerdo de los más ancianos lo acontecido en el período comprendido entre 1880 a 1885 en que una chiquilla de 13 años oyó a otras niñas cercanas a su casa gritar de madrugada, y asomándose a la calle observó a un hombre con una luz en la cabeza, andando muy pausada y majestuosamente desatando el consabido terror. La evocación se ha mantenido muy viva al ser sus depositarias unas tiernas infantas y ser considerado su testimonio como más fiable.

Después, con la entrada del siglo XX y por supuesto antes, también se recurría al hecho de embozarse a lo fantasma para llevar a cabo duelos con los bastones-estosques u otras armas.

En 1930, una mujer, “La Guirá” o Guirada, narraba siempre que podía a abstraídos oyentes cuentos a la luz de la lumbre, de carácter más o menos tétrico, declarando que cuando se acostaba contemplaba ratas y que los roedores en realidad encarnaban almas de otro mundo. La señora en cuestión era alcohólica y probablemente merced a los frecuentes ataques de delirium trémens que padecía repetía cansinamente y hasta la saciedad retahílas de naturaleza prodigiosa. En la más pura tradición de atribuir a las féminas poderes premonitorios sabemos que una enjuta dama de avanzada edad y desaparecida en 1981 era temida por sus barruntos, ya que si alguien pasaba cerca de su casa, por cierto situada en las proximidades del cementerio parroquial de la villa, y la anciana suspiraba en



Callejas escasamente transitadas eran buscadas por el fantasma de turno para perpetrar sus fechorías. C/. Cantón, año 2000. Foto: Jesús Navarro Egea.

presencia de un testigo era señal cierta dicen los comunicantes, de que el sujeto en cuestión fallecería pronto.

Este tipo de sucesos y ocurrencias asentaba una murmuración persistente, aficionándose el personal a las vivencias esotéricas o misteriosas estando a la orden del día las visiones o asomos. En estas circunstancias se corrió el rumor que se había aparecido la Virgen de la Rogativa, en un cristal de la ventana de una casa, en la calle de El Pasico, y todo el mundo que se acercaba a curiosear confirmaba que efectivamente allí estaba la Patrona, que se veía claramente, arrodillándose con fervor ante ella o la percepción que aseguraban que la representaba.

Del mismo modo y en este tiempo anterior a la guerra civil, en el lugar de pesado oficial del Ayuntamiento, ubicado en un local de la calle Tomás Aguilera, la romana del almotacén o el pesador al estar colgados de una traviesa, remarcaban su silueta en las sombras interiores dando sustos a algunos tímidos y predispuestos viandantes, que creyeron ver en artilugio impreciso y difuminado, la figura de un espectro.

En otra ocasión, 1941, un muchacho que regresaba una noche de invierno de regar la exigua huerta y con el cuello de una vieja pelliza levantado, al arreciar las ventiscas en el Barranco de San Andrés se subió aún más la prenda y al llegar a las primeras calles del pueblo, mal alumbradas, un transeúnte al verle surgir de las sombras salió corriendo y gritando despaavoridamente. En 1943 todavía iban los hombres cubiertos con mantas y los confusionismos más o menos intencionados al colocarse dichas prendas eran motivo de sobresalto fácil, llamándose unos a otros en la oscuridad, sobreponiéndose a los temblores, para evitar espantos mayores. Estas manifestaciones del “fantasma” subsistieron en el pueblo hasta los sesenta aunque no en los campos, en donde los núcleos de población eran más reducidos y por tanto más difícil de conservar el anonimato.

Un robo que se produjo en los años cincuenta del reciente pasado siglo, hizo que el caco descubierto a través de un ventanón, ventana grande para meter la paja, emplazado en el Callejón de los Almendros, se acoplara en la cabeza de forma azarosa y tratando de simular la figura de un fantasma, dos sábanas, dos colchas un cubrecamas y un corte de traje o tela que se necesita para hacer una indumentaria, es decir todo lo robado según relatan jocosamente los testigos.

MUERTOS

Con relación a los mismos, se refiere que en Mazuza, caserío cercano a Benizar, determinados individuos aseveran aún, vislumbrar a otros que van a agonizar o muertos inmediatos, a modo de premonición y en vida de los futuros finados, y dicen que los entrevén con una luz, más concretamente portando una vela, y que conforme se va apagando la misma el sujeto va muriendo o acortándosele los días. Si el que *sufre* la contemplación la comenta antes de tiempo pueden surgir terribles peleas, pues llega a interpretarse como una maldición, un deseo de desaparición hacia el nombrado, maleficio de tan honda raigambre en el mundo musulmán y árabe, por lo que lo único permitido al vidente ha sido expresarse en el momento de la defunción y murmurar por ejemplo: “Vamos a casa de fulano que acaba de fallecer” u otros anuncios o visiones simultáneos a la expiración de la persona en cuestión.

En la Venta del Pavo, en los bucólicos y fríos campos de Béjar, una maldición atrancaba la sangre en las venas de los campesinos cuando alguien imprecaba a un enfermo: **No morirás hasta que te perdone** con lo que la agonía se prolongaba, dicen convencidos, y había que buscar el perdón del maldiciente para que la muerte se produjera en paz y cesaran los tormentos.

Entre las influencias de este pensamiento mágico, por otra parte próximo a la universalidad, podemos encontrar menciones



Antiguas boticas y herboristerías musulmanas ofrecen remedios contra la mala suerte, mal de ojo o acechos, siniestros de espíritus. Fez. Marruecos, 1990. Foto: Jesús Navarro Egea.

locales y desde un punto de vista más erudito merced a los esforzados escritos de Alfredo Rubio, que reseña la enigmática y popular figura de Miguel Cuadrado que vivió en el S. XIX, artífice según la época de adivinaciones y sucedidos, parece ser que claramente constatados por numerosos testigos, desde visiones o presentimientos de muchachos devorados por los lobos en los montes hasta su propia muerte, en que profetizó que una vez finado sería comido por las ratas, suceso que efectivamente se cumplió.

Entre las causas de estos comportamientos se sustentaba el convencimiento permanente y popular del final apocalíptico y próximo del mundo, apostillado por los continuos sermones de los clérigos de la Iglesia, apuntalados a su vez en citas de las Sagradas Escrituras, por lo que cualquier conversación de los mayores podría girar en torno a la atmósfera tétrica del desastre inminente.

Hitos festivos y atávicos como la enigmática noche de San Juan enmarcaban prácticas de adivinaciones sobre el devenir vital de un sujeto a través de arcanos

revelaciones según las cuales el no ver claramente la sombra de la cabeza de alguien es augurio rotundo de su cercana desaparición. Más terrible es la noticia si viene referida a un hijo lo que sobrevendría al rezar una oración y ver la luna llena a continuación, mal ánimo para creyentes. Más de lo mismo y con carácter más animista si la luna aparece por el Cerro de San Jorge y se tiene la mala suerte de llevar una prenda de color rojo en ese momento, o que las velas que alumbraban tenuemente los dormitorios, al llegar el amanecer no se hubieran apagado ni consumido, asimismo si se echan en falta utensilios propios del hogar, advertencia para ladrones, como cepillos, tijeras u otros, aunque para compensar el asunto dejará de surtir efecto si aparecen los mencionados objetos.

Las aludidas costumbres y creencias como sombras, al igual que los fantasmas, empezaron a perderse en los albores de los años cincuenta, a la luz de nacientes brillos de neón y pinturas multicolores de automóviles, velándose así la mayor parte de ellas, paulatinamente enterradas en la prescripción de los calendarios, y ahora, entre algunos de los más jóvenes ni siquiera se concibe que hubiera un tiempo para su existencia.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

- ARCHIVO MUNICIPAL DE MORATALLA.
 GUIRAO, P. (1980): Dossier Del Más Allá. Ed. Plaza y Janés, S.A. Barcelona.
 JAMES, E.O. (1991): Historia de las religiones. Ed. Alianza, S.A. Madrid.
 MAUDUIT, J.A. (1976): En las fronteras de lo irracional. Ed. Plaza y Janés, S.A. Barcelona.
 MUNDO DESCONOCIDO -Rev. Extra nº 2.- (1978). El Necronomicon. El libro de los nombres muertos del árabe demente Abdul al-Hazred.
 NAVARRO EGEA, J. (1993): "Moratalla y las supersticiones". En Rev. de Fiestas Stmo. Cristo del Rayo.
 POZO MARTÍNEZ, I. (1990): "El ritual funerario y los cementerios islámicos en la Región de Murcia". En Guía Islámica de la Región de Murcia. Editora Regional de Murcia.
 RUBIO, A. (1915): Cosas de Moratalla. Imprenta Moderna. Moratalla.
 TRADICIONES ORALES.